

—Me siento tranquilo, Zalia, sé que Dios no me quiere allá arriba —dirigió su mirada al techo simulando ver al cielo. Trató de aparentar buen ánimo sin conseguirlo.

—Además, tengo muchas cosas que hacer aquí en la tierra —remató con voz débil.

No le comenté lo del brujo. Nada ganaría diciéndole las palabras del adivino. Decidí callar. Trataba de recordar la fecha en la que moriría mi marido, según él. Con Bladimir en cama tenía más libertades para salir a donde fuese necesario, nunca por placer. Tener un enfermo en casa es motivo de preocupación. Todos los días llegaban a la casa amistades que iban a enterarse del estado de su estado de salud. Siempre había café y bocadillos, a veces pastel. La respuesta que dábamos a todos los que preguntaban era: “Se encuentra estable, pronto estará bien”. Bladimir ya no quería recibir visitas. Solo familiares cercanos o amigos que venían de otros lados. Había quienes llegaban a la casa sin la intención de verlo físicamente, solo enterarse por voz nuestra de cómo estaba. Deseaban conservar la imagen del varón en la plenitud de sus facultades físicas.

## CAPÍTULO 17

En aquella navidad todo fue diferente. La figura central no tenía la disposición de siempre. Las sorpresas en esa ocasión no fueron las mejores. Así lo esperábamos. Mis papás se encargaron de preparar la cena. Hicieron comida especial para Bladimir, la que habían sugerido los médicos. Ya no podía mantenerse en pie, se desplazaba en silla de ruedas. Un empleado lo movía de un lado a otro. Para subirlo o bajarlo por escaleras se sumaba la fuerza de otro más.

Mis papás llegaron a las tres de la tarde, habían comido en su casa. Para preparar la cena contaron con el apoyo del personal de servicio; así lo ordenó Bladimir. No hubo vino, solo sidra de manzana sin licor, era lo que Bladimir podía consumir, según el médico; y no más de dos copas. Además que no le gustaba tomar licor. Cenamos a las ocho y media de la noche, el reposo del enfermo era obligatorio. Sobre la mesa para diez comensales lucía un mantel con dibujos navideños, herencia de la mamá de mi suegra. Al centro fue colocado un adorno de flores Noche Buena flanqueadas por dos candelabros de cristal cortado.

Yo misma acerqué a la mesa a Bladimir en su silla de ruedas. El ambiente era de soledad. Había ausencia de algo. Mis papás se empeñaron en dar un toque de alegría. Bladimir habló poco durante la cena. Sus ojos estaban desorbitados, su pelo había encanecido, se le caía por montones. Trataba de sonreír. Su figura era frágil, estaba atenido de los que le rodeábamos. Una de las enfermeras estaba al tanto del enfermo, le pedimos que se sentara a la mesa, aceptó.

Mi hijo nos habló por teléfono a las nueve y media de la noche. No le fue posible acompañarnos por un viaje de trabajo a Canadá. Mis papás hacían esfuerzos por ocultar sus sentimientos, les hubiese gustado ver al yerno rebosante de salud. A pesar de su comportamiento conmigo, sentía culpa por los pensamientos que tuve, me arrepentí de haber deseado venganza. En silencio Imploré el perdón de Dios.

La cena terminó faltando quince minutos para las diez de la noche. Mis papás se despidieron de Bladimir; estaban conscientes que debía regresar a su lecho para continuar el reposo. Por sus mejillas escurrieron lágrimas; mis ojos se humedecieron. Dudé que ese hombre, de aspecto frágil, hubiera fabricado planes para destruirnos a mis papás y a mí. Estaba frente a un cadáver viviente, en ese momento no me parecía un hombre desalmado.

El fin de año no hubo jolgorio, no había condiciones para festejar. Solo abrazos y deseos que Bladimir recuperara su salud, nada más. Nos visitaron unos familiares para saludarnos. Bladimir no tuvo ganas de ver a nadie. Los visitantes nos propusieron que hiciésemos oración.

EL SEIS DE ENERO del año que se estrenaba, llegó mi hijo sin haberme avisado antes. Lo mandó traer su papá a través de uno de sus abogados que recién lo había visitado. Poco después llegó el notario y dos abogados. Los cinco se encerraron. Pidieron café y galletas. Platicaron por dos horas y media. En sus portafolios llevaban documentos de lo que trataron.

Bladimir les dijo a los señores que los bienes se los heredaría a mi hijo. Me tranquilizaba esa decisión, no me importaba que a mí no me dejara más de lo que traía puesto. La reunión marcaba el eclipse de mi marido. La enfermedad lo estaba dominando; además que alguno de los médicos seguramente le dijo que no tendría cura.

De nada valió que consultara a los médicos que le recomendaban como los mejores. En tres ocasiones acudió a hospitales de Houston. Dinero había para conseguir la cura, lo que no había eran medicinas para detener el avance del desconocido mal. El deterioro físico de Bladimir progresaba, el árbol de la familia se secaba por más que se le regara. Poco a poco fui asumiendo el control de la casa. Bladimir, presintiendo lo peor, le pidió a mi papá que se hiciera cargo de los ranchos y de algunas actividades comerciales. No supe a quién más le encargó los otros negocios. El hermano no peleó la herencia de la mamá, tampoco se metió en asuntos de su hermano. Además del pleito que entre ambos existía, el hermano de Bladimir enfrentaba denuncias por fraude y una por violación de una menor. En el pueblo decían que mi cuñado Ricardo estaba atado por sus propias culpas.

En el transcurrir de los días la voz de Bladimir se debilitaba. Uno de los médicos, el que me expuso la gravedad de la enfermedad de Bladimir, me dijo que poco a poco iría perdiendo la voz. Así fue, su voz salía con dificultad de su boca. “Su marido está en un proceso de deterioro que poco a poco irá escalando, espere usted lo peor. Le comento esto porque usted es una persona de gran fortaleza de espíritu y evidente equilibrio emocional; además, usted es su esposa” me lo comentó con voz pausada y convincente; noté en sus palabras la sinceridad de un profesional.

Bladimir le tenía miedo a la noche, temía no amanecer. Me lo comentó en un par de ocasiones.

“Mi querido amigo Bladimir ya es un hombre espectral, ya no es el mismo”. Comentó con frialdad el hombre regordete de lentes redondos y tirantes que llevó a mi casa en aquella cena de Navidad, cuando nos colmaron de regalos. Agregó: “Parece que la voz no pasa por su boca”. Estuvo un par de horas y se retiró.

Mi participación en los rezos por la salud de mi marido se había convertido en un hábito. Por las noches leía la Biblia, buscaba las respuestas a las preguntas que durante años me hacía. Lo que padecía Bladimir yo también lo sufría. No quería imaginarme los dolores que tenía en varias partes del cuerpo, cada vez más intensos. Las molestias lo agobiaban; le dolía la cadera, las piernas, los brazos, el cuello. Me estresaba la incertidumbre. Temía que el “maleficio” del que algunas personas especulaban, se extendiera a mis papás o a mí misma.

Al paso de los días la piel de Bladimir adquiría una tonalidad transparente. Las venas se veían a través de su piel. Sus ojos perdían brillo; permanecía largo rato con la vista fija en cualquier punto de la recámara. Todos esperábamos un desenlace crucial, podría ser en cualquier momento de acuerdo a los pronósticos médicos. El plazo que había estimado el médico en una de sus visitas estaba rebasado. Dijo que no llegaría a marzo de acuerdo el avance de su enfermedad. A Bladimir lo cuidaban tres enfermeras: una en el día y dos en la noche. Las de la noche se alternaban mientras una de las dos dormitaba.

Cada cierto tiempo le tomaban la presión arterial, palpaban las partes del cuerpo donde había dolor a fin de saber los medicamentos que debían darle.

Un domingo por la mañana mis padres pasaron por mí para ir a la iglesia. Antes de la misa pasamos a la cafetería del parque. Mi papá pidió un café, mamá una limonada, yo una malteada, mi preferida. Papá volteó a ver a mamá, luego fijó su mirada en mí.

—Hija: nos llamó mi nieto, nos dijo que su papá no recuperará la salud. Les comentó los síntomas a dos médicos de Nueva York; coincidieron que era difícil que se curara, que nos preparáramos para lo peor.

—¿Por qué no me lo comentó a mí también? —pregunté sorprendida.

—Me explicó que la noticia era demasiado fuerte para ti, nos pidió que te lo comentáramos personalmente para prepararte en caso de un desenlace fatal.

Tenía duda si mis sufrimientos terminarían con su partida. Tampoco estaba segura si podía rehacer mi vida como algunas amistades me lo sugerían. Eran tantas las decepciones que mi futuro estaría plagado de incertidumbre y desconfianza hacia los hombres.

LA MEDICINA que le habían recetado no calmaba las fuertes molestias, al menos no totalmente. El apetito poco a poco desaparecía; cada vez más delgado. El vigor y recio carácter fue cediendo el lugar a un personaje espectral, como lo comentó en la anterior visita de su amigo y socio.

Bladimir les confesó a las enfermeras su miedo a no amanecer, a morir mientras estuviera dormido. Dos semanas después cambió de opinión, les dijo que prefería morir, no soportaba más.

—Señora —me expuso en voz baja la enfermera—, su marido desea morir. La experiencia me dice que toda persona que desea morir se muere más pronto. Prepárese usted para ese momento, va a llegar, desgraciadamente.

Yo estaba preparada para lo que ocurriera, no me dolería; ante los demás yo procuraba mostrar otra cara. Sirvenda se hizo cargo de la compra de las medicinas y los alimentos recomendados por los médicos. Ella suponía que mi dolor disminuiría con la partida de Bladimir.

—Patroncita, yo sé que Dios se va a llevar a mi patrón, será para bien de usted y de sus papás aunque ellos no lo vean así. Mi patrón hubiera sido capaz de hacerles cualquier cosa. Más vale...

Sirvenda estaba convencida de lo que decía. Sólo a ella le comenté lo del brujo. Me aseguró que ese hombre tenía fama de ser atinado en sus vaticinios.

Después que mis papás le dijeron por teléfono a mi hijo que yo había tomado el comentario con calma, me llamó el último día de marzo. Me repitió lo que ellos me habían comentado. Puntualizó que tomara las cosas con calma, que el deceso de su papá era inevitable, que no pasaría mucho tiempo que ocurriera. También me dijo que a los dos nos quería, pero más a mí. Lloré en silencio, nunca de su boca habían salido gratificantes palabras.

Las hojas del calendario seguían cayendo. Las visitas de mi papá se hicieron más frecuentes; le informaba de los negocios y estaba al tanto de la evolución de la enfermedad. Había consternación en sus rostros por el cercano desenlace. La ausencia de Bladimir sería un vacío difícil de llenar. Mi hijo no tenía la menor intención de volver a México; en Estados Unidos se estaba labrando un buen porvenir.

El quince de mayo, día de mi cumpleaños, que por cierto no lo festejé; mis papás dijeron que debíamos prepararnos con lo que en estos casos se tiene que hacer para evitar apresuramientos. Varios fueron elaborando una detallada lista de lo que se debía hacer o adquirir cuando una persona fallece. Esto no significaba que deseásemos que muriera. Mi papá acordó con Bladimir los asuntos pendientes de la sociedad que mantenían en algunos negocios. Bladimir le dijo a mi papá que si moría se hiciera cargo de todos los negocios. Que al hermano no le dejaría nada por los problemas con él. También le recomendó que de las utilidades me diera una parte para mi manutención y para los gastos de la casa que habitara.

Después que murió Bladimir, papá descubrió que había negocios que no eran del todo lícitos. Rescató los que no tenían problemas.

La salud de mi esposo empeoró los primeros días de agosto. Pensamos que moría. Ya no articulaba las palabras, su expresión facial se tornó en un rictus de dolor. Las enfermeras me informaban que dormía solo a ratos, ni los medicamentos lo mantenían dormido. Su cuerpo continuaba enjutándose.

El quince de agosto por la mañana, día soleado con pocas nubes en el cielo; Bladimir recuperó la tranquilidad que desde meses atrás no tenía. Creíamos que había ocurrido un milagro, nos alegramos, presurosa les avisé a mis papás, reaccionaron con euforia. Los empleados de la casa corearon: “Gracias a Dios”. A sus familias les comentaron que había ocurrido un milagro con su patrón. Personas que estaban al tanto de la salud de Bladimir difundieron la noticia, rápido corrió por todo el pueblo. Llegaron señoras para hacer oración. “El cielo mandó el milagro”, decían entusiasmadas.

El diez y seis de agosto, también soleado, con más calor que el día anterior, tomó su desayuno sin pausas. Pidió para la comida carne asada a las brasas, tenía ese antojo. Se la hicieron, comió la mitad de la porción pero la disfrutó.

El diez y ocho de agosto todo cambió. Se puso grave. Alguien sugirió que se le llamara al sacerdote. Lo hicimos. El presbítero llegó dos horas después, nos dijo que acudió por atender a nuestro llamado pero que el enfermo todavía no sería llamado por Dios. El cura permaneció con nosotros más de una hora, su plática nos tranquilizó. Nos pidió que no le dijéramos a Bladimir que ahí había estado, lo tomaría como una inoportuna señal que afectaría su estado anímico.

Actuó como si supiera los tiempos de esa extraña enfermedad.

El sufrimiento se acentuaba por las noches; un quejido tras otro. Las dos enfermeras permanecían cerca de Bladimir, tenían instrucciones de avisarme cualquier alteración del estado que padecía mi marido. Cada que me despertaba acudía al cuarto del aquejado para comprobar cómo se encontraba.

Durante septiembre y octubre, las cadenas de oración las hacíamos dos veces al día: a las doce y a las ocho de la noche. No volvió a presentar mejoría después de aquellos esperanzadores días de agosto.

En septiembre mi mamá se quedó a dormir conmigo en dos ocasiones. Esas veces platicamos hasta la media noche. Bladimir permanecía acostado todo el tiempo. Las enfermeras lo cambiaban de posición para evitar que su cuerpo se llagara. Le aplicaban pomadas en el torso. El sacerdote se comunicaba con nosotros hasta dos veces al día.

El diez de septiembre, el brujo al que visité meses atrás llegó a la casa, preguntó por mí, salí a recibirlo, lo pasé a la sala. Me aseguró que la vela de la vida de Bladimir se estaba extinguiendo, que nada ni nadie podía salvarlo. Me entregó una veladora de cera color naranja; me recomendó que la encendiera cuando muriera, “Para que usted quede protegida del mal fario”. También me dejó una bolsita de plástico con polvo terroso. Debía esparcirlo sobre la caja cuando estuviera en el fondo de la fosa, “Para que el señor le perdone todos los pecados y sufra lo menos posible”. Le pregunté cuándo sería llamado por el Señor de los Cielos. Me contestó que no pasaría del último mes del año... “A finales del mes”

El 16 de septiembre, Bladimir dio instrucciones que no me dejaran entrar a su habitación. El motivo: no quería que lo viera en las condiciones que se encontraba. Lo agradecí, no me gustaba verlo sin fuerzas siquiera para levantar la cabeza. Les comenté a mis padres, consideraron razonable la decisión. En esos difíciles momentos yo estaba dispuesta a perdonarle el daño que me infringió. También le perdonaría lo que hizo a mi ex novio. Su padecimiento le estaba cobrando todos los pecados; no era algo que me provocara gozo alguno.

Las enfermeras me comentaban que el pelo se le seguía cayendo, Lo notaban cuando lo peinaban. Decían que oía perfectamente, “Más que antes”, que el oído se le había aguzado. Gran parte del tiempo permanecía con los ojos cerrados. Las mujeres que nos reuníamos a rezar por su salud, también rogábamos que Dios lo perdonara de todo a todo. Un domingo que acudí a la iglesia escuché al sacerdote pedir por la salud de Bladimir. No eran pocos los que me aseguraban que rezaban para que la salud de mi marido tuviera mejoría. También escuchaba comentarios que era un castigo de Dios.

Mi marido sugirió que lo atendiera un médico que radicaba en la ciudad de Pachuca. Tenía fama de haber curado a enfermos con enfermedades raras. Tres días después el medico estaba en la habitación de Bladimir. Lo revisó de pies a cabeza. Permaneció con él treinta y cinco minutos. Cuando salió pidió hablar a solas conmigo.

—El señor Bladimir es el segundo paciente que atiendo con esa misma enfermedad en un lapso de cuatro meses. El otro acababa de morir —apuntó.

—Ese mal baja paulatinamente las defensas del organismo. Puede morir de cualquier cosa.

—¿Me está diciendo que mi marido no tiene salvación? —le pregunté aparentando ignorancia.

—No hay medicina que pueda darle esperanzas de vida. Los laboratorios están haciendo pruebas pero tardará algunos años en encontrar la cura.

—¿Qué comentarios le hizo mi marido? —le consulté con la curiosidad de esposa preocupada.

—Tiene arrepentimientos, no me especificó de qué tipo, tal vez lo haga más adelante, en su momento, con el sacerdote.

—Gracias, doctor, me ha dicho mucho —le contesté en tono de gratitud.

Hacía todo lo que me recomendaban. Un sábado, uno de los trabajadores de la familia llevó a una señora que vivía en uno de los pueblos de Papantla, para que “rameara” la casa “por si hubiese algún hechizo”. Me solicitó permiso para el ritual. La mujer, de baja estatura, piel morena, cara redonda, llevaba unas yerbas envueltas en papel periódico. Después que acepté las desenvolvió, les roció un líquido color morado de una botella de refresco tapada con improvisado tapón de papel. Agitó las yerbas en el aire, dijo algunas frases invocando a algún ser. Me retiré del lugar para no interferir en lo que hacía.

Después que terminó de zarandear el manojo de yerbas por toda la casa, me buscó para anunciarme que ya había terminado su trabajo. Me afirmó que la casa estaba cargada de energía negra, que habitaban espíritus malignos, pero que el rito que acababa de practicar ayudaría a alejarlos. Igual que al doctor, le pregunté sobre la salud de mi marido.

—¿Cree que exista una posibilidad de que el desenlace no sea fatal?

—Ay, señora, estamos a destiempo —Arqueó las cejas, agitó los brazos—. Debí haber venido hace dos años, el demonio no hubiera entrado aquí, lo hubiera alejado. Ahora es imposible —remató mirando al cielo.

—Prepárese para lo peor, el señor Bladimir no tiene cura, su mal ha avanzado tanto que diez personas como yo, curándolo a la vez, no lograrían salvarlo. Lo que queda es esperar a que Dios lo llame.

—¿Lo que usted acaba de hacer para qué le serviría? —le pregunté.

—Para que sufra menos —me contestó.

—Su destino, por lo que le resta de vida, es pagar cosas que hizo en perjuicio de muchas almas, no se midió para hacerlo, tampoco tuvo remordimientos por haberlo hecho.

—¿Cuánto le debo, señora, por su trabajo?

—Nada, no me debe nada, yo no cobro por salvar almas.

—¿Aceptaría si le agradezco con algunos productos para comer?

—Sí, eso sí lo acepto —afirmó presurosa.

Le pedí a Sirvenda que metiera en un morral algunos productos alimenticios para la voluntariosa dama. Cuando tuve el morral en mis manos, se lo entregué a la dama; reaccionó sonriendo. Los días que restaban para que terminara octubre no fueron mejores que los anteriores. Me dolía en el alma verlo sufrir. Mi hijo me llamaba por teléfono cada tercer día, también le hablaba a mi papá. Nos preguntaba por la salud de su progenitor. A su vez, Alessandro le informaba a un médico amigo suyo las reacciones que tenía. A distancia monitoreaban el avance de esa maldita enfermedad. El último día del mes me puse triste, desee que no muriera, llegué a pensar que él no había mandado a matar a mi ex novio.

El primero de noviembre llegó el sacerdote sin que nadie le llamara. Su visita me sorprendió. Entendió mi sorpresa. Argumentó que había ido a un servicio religioso y estaba aprovechando para saludarnos y enterarse de la salud de mi marido. Supo de la señora que fue a exorcizar la casa, me recomendó que no anduviésemos buscando métodos que no aprobaba la iglesia.

—Nadie está sobre Dios. Ningún charlatán debe hacer cosas que ofendan la fe católica.

—Tiene toda la razón, padre, lo entiendo —le respondí.

Lo entendí, pero no podíamos apartarnos de cualquier esperanza que devolviera a Bladimir las posibilidades de sobrevivir. Pensé que el cura solo pasó para hacerme reflexionar sobre la religión que profesamos. No quiso ver a Bladimir, dijo que estaría al tanto.

—Me daré mis vueltas por acá, tu esposo es una persona que ha hecho el bien a mucha gente, todo el pueblo le agradece algo, fuiste afortunada de que se fijara en ti.

Enmudecí, no daba crédito a las palabras del clérigo, pero no era el momento de aclarar nada, después quien sabe. El dos de noviembre por la mañana, me comentaron las enfermeras que mi marido había pasado mala noche. “La peor de todas”.

—Su marido está sufriendo mucho, no es justo que sufra de esa manera, por mal que se haya portado. La enfermera expresaba desasosiego.

Ese día me llamó mi hijo por teléfono. Me dijo que tenía planeado viajar a México el día seis de noviembre, que se trasladaría inmediatamente a Papantla. Me comentó que estaba dispuesto a permanecer algunos días, no me externó el motivo, supuse que sus amigos médicos habían opinado algo. En la noche, Bladimir tuvo un ataque de tos durante cuarenta minutos. Le cambiaron los medicamentos, en lugar de orales serían inyectados. Durmió poco, despertó a las cinco de la mañana. Le introdujeron los medicamentos a través del suero.

El tres de noviembre por la mañana, lo visitó el médico. Le hizo algunas preguntas. Le tomó la presión arterial; el estetoscopio lo colocó en el corazón, luego en la espalda. A las enfermeras les hizo recomendaciones, una de ellas tomó nota.

Cuando el galeno salió de la habitación se dirigió a la sala.

—¿Cómo lo ve, doctor? —Miró al piso, respiró profundo, volteó a verme, contestó titubeante:

—Esperemos, señora, esperemos... Se encuentra estable, a ver qué pasa en veinticuatro horas.

El apagado tono de voz denotaba incertidumbre. Supuse que mi marido estaba en situación de gravedad. A partir del cuatro de noviembre las visitas se incrementaron. Hubo quienes sin tener amistad con la familia pasaban a preguntar por el enfermo. Las cocineras tenían permanentemente la olla de café en la lumbre; se servía en jarros de barro que se mandaron comprar. Las canastas con el pan estaban a disposición del que quisiera. A toda persona que nos visitaba le ofrecíamos café y pan. También brindábamos agua de sabores. La noche de ese día me desperté varias veces, estaba melancólica; de mi inquieta mente brotaban recuerdos de toda naturaleza. Estaba despierta cuando cantaron los gallos de casas vecinas, nosotros no teníamos esa clase de animales. Escuché el murmullo de la gente que a esas horas pasaba por la calle rumbo a su trabajo.

El cinco fue un día muy atareado. Por la mañana preparé la recámara que utilizaría mi hijo. Llegaba acompañado por su novia, me dijo que no dormirían juntos; lo hacían en respeto a las costumbres conservadoras de la familia. A decir verdad, nadie los hubiera criticado por dormir en la misma habitación. Preparé dos habitaciones en lugar de una.

Adelantándonos al inevitable desenlace, le pedí a Sirvenda me acompañara a las tiendas a cotizar precios de lo que se iba a requerir. Anduvimos de una tienda a otra, no eran muchas; además, gran parte de lo que se requería lo había en la tienda de la familia, la más surtida del pueblo. Nos llevó gran parte del día hacer la cotización de la lista de lo que se iba a necesitar.

—Señora, no compre usted velas ni veladoras, la gente acostumbra llevarlas como ofrenda a los muertos. Hay que ver dónde vamos a acomodarlas, serán muchas —Sirvenda reacciona a su propio comentario y dice:

—Que Dios me perdone y usted también, por la barbaridad que acabo de decir —Sonrió apenada.

—No te preocupes, Sirvenda —le contesté—, sabemos que solo un milagro lo salvaría; ojalá y eso ocurriera —rematé.

Toda la tarde de ese día estuve atendiendo visitas que una tras otra llegaban a la casa. Así fue todos esos días.

Tal como lo había anunciado, a las doce del día del seis de noviembre llegó mi hijo. Lo acompañaba su novia, alta, ojos claros, pelo rubio, como el mío; delgada. Hija de padres españoles. Al verme me identificó.

—Es usted una mujer muy distinguida, muy hermosa —pronunció las palabras con dulce tono—; tal como la describió Alessandro.

—Pues tú también eres hermosa; sé de tu inteligencia y tu amor por mi hijo. A partir de ahora también serás mi hija, si estás de acuerdo. Reímos, mi hijo nos miró, sonrió.

Me comentó cuando murió su papá dos años atrás.

—Son pérdidas que provocan heridas que tardan mucho tiempo en sanar. Aún imagino a mi padre llegar a la casa dos veces al día. —Su voz se quebró. Caminó hacia la ventana, bajó la cabeza; instantes después recuperó la sonrisa.

—Pero su esposo sanará y volverá a disfrutar su compañía, como siempre; sé que usted lo adora, el amor lo sanará.

—Agradezco tus comentarios, Paula, lo que dices es cierto, nos amamos mucho, mi esposo se pondrá bien, ya verás.

Ese día, mi hijo platicó dos veces con su papá, media hora cada vez. Intentó verlo una tercera para continuar platicando, estaba dormido. “Que descanse, le va a sentar bien”, expresó Alessandro.

Habían transcurrido siete días del mes. Mis papás, Alessandro, Paula y yo, desayunamos en la casa. Las cocineras prepararon antojitos mexicanos, hicieron salsa sin picor para Paula, no comía picante. Degustó el desayuno, quedó complacida con el sabor. Casi terminábamos de desayunar cuando una de las enfermeras bajó apresuradamente.

—Disculpen ustedes... Señora —me dijo mirándome a la cara—, su esposo desea ver a su hijo.

Alessandro se levantó como resorte, miró con desconcierto a la enfermera.

—¿Todo bien?

—Sí, solo desea hablar con usted.

—Vuelvo en un instante, voy a ver qué quiere papá —explicó Alessandro aparentando calma. El resto permanecemos en el comedor.

La petición de Bladimir nos puso nerviosos. Tratamos de continuar con la plática, no lo conseguimos, hubo silencio.

Media hora después bajó Alessandro. Caminaba con la cabeza baja, los ojos llorosos; hacía esfuerzos por contener sus emociones. Adivinamos lo que estaba pasando. Se dirigió a la mesa, con sus manos tomó el respaldo de la silla donde estaba sentado, miró a todos.

—Papá no se siente bien, me dijo que desea platicar con el cura, propone que no pase de éste día. Desea hablar ahora contigo, abuelo —se le quebró la voz, trató que no se le notara.

Papá clavó su mirada en el centro de la mesa, titubeó, enrojecieron sus ojos. Las emociones brotaron. Mamá observó a papá, nos miró a todos. Paula no perdió la sonrisa que adornaba su cara desde que llegó a la casa; su mirada la mantuvo sobre mi hijo.

El fin estaba cerca. Me sentí triste, lloré, me levanté de la mesa, caminé al traspatio, necesitaba darle reposo a mis pensamientos. Me alcanzó Paula, me abrazó, en sus manos llevaba un pañuelo, me lo dio para secar mis lágrimas. Externó palabras de consuelo, las necesitaba. Llegó mi mamá hasta donde yo estaba.

—Hija, así es la vida, Dios sabe por qué hace las cosas, pero te aclaro que no ha muerto, está vivo, puede ocurrir un milagro. Las enfermeras descartaban que eso ocurriera, me lo habían dicho esa mañana.

Mi papá llamó al cura quien parecía estar esperando el aviso. “No hice compromisos para éste día, iré inmediatamente, estaré con mi gran amigo Bladimir antes de media hora”, le aseguró a mi papá. Nos informó del tiempo en el que llegaría el cura. Las enfermeras permanecieron en la habitación, dudaron si continuaban suministrándole medicamentos vía intravenosa en las dosis indicadas por el médico, o las incrementaban por los dolores que no le daban tregua. El ardor en la garganta arreció, se quejaba.

El cura hizo su arribo exactamente a las doce del día. En la puerta lo recibieron mi papá y mi hijo; el padre se detuvo un momento en la sala para saludarnos, continuó caminando. Subieron las escaleras, se dirigieron a la habitación de Bladimir; el cura entró solo, las enfermeras salieron. Papá regresó a la sala con nosotras, mi hijo salió a la calle a buscar a un amigo de él que vivía casi enfrente. Regresó pronto. La llegada del sacerdote nos tranquilizó.

A las doce con treinta minutos salió el cura de la habitación, entraron las enfermeras. Bajó a la sala, nos pusimos de pie, tratamos de sonreír. Pidió un vaso con agua.

—Hijo —se dirigió a Alessandro para darle una indicación—, sube a ver a tu padre, tiene cosas que decirte.

—Gracias padre.

—¿Ésta hermosa damita es tu novia?

—Sí, padre, es mi novia.

—Cuando nos casemos, en Nueva York o en España, lo mandaremos traer para que usted sea quien nos case, padre —externó Alessandro para relajar el ambiente.

—Anda, sube rápido a ver a tu padre, te requiere.

Entró Alessandro a la habitación, salieron las enfermeras. Platicaron a solas.

—Regresaré cuando sea necesario —prometió el sacerdote—. Es mi deber reconfortar espiritualmente a mi amigo. Dijo esto y se retiró.

Alessandro y su papá estuvieron conversando cerca de una hora. Los dolores de garganta de Bladimir impidieron que la plática fuera continua. Salió mi hijo, entró mi papá. Permaneció poco tiempo con él. Papá nos confirmó que no quería que lo viéramos mi mamá y yo. Esa tarde llegó más gente de visita. Varios ya sabían que el cura había estado en la casa, decían que había sido para darle los santos oleos.

Llegó un señor como de 80 años de edad, rengueaba, se apoyaba en un bordón. Su pantalón tenía remiendos en el frente. Sostenía en sus manos una veladora. Le pedí a Sirvenda me explicara por qué llevaba la veladora. Me dijo que en el pueblo corría el rumor que mi marido estaba agonizando. No me agradó nada que la gente se anticipara a dar por hecho algo que todavía no ocurría.

Esa noche no dormí bien. Me levanté dos veces para preguntarle a las enfermeras cómo veían a mi marido. Me dijeron que no le daban muchas horas de vida. Me desperté a las cinco de la mañana, ya no me pude dormir. Bajé a la cocina, me preparé un café. Estaba inquieta, intenté leer el libro “Interrelación entre Religión, Sexo y Sociedad”, no pude concentrarme, mi mente estaba demasiado dispersa. A las siete y media de la mañana llegó Alessandro a la cocina.

—Mamá, debes tranquilizarte, no quiero ver que tus emociones se rompan.

Me abrazó, nos sentamos en el comedor. La cocinera le ofreció café a mi hijo, lo aceptó, tomamos cada uno una pieza de pan recién horneado que alguien llevó a temprana hora.

A las ocho y cinco bajó la enfermera, dos pasos antes de llegar a la mesa me dijo:

—Señora Zalia: su marido se está poniendo mal... debe verlo...

—Subo yo, mamá —interpuso Alessandro—, háblale a mis abuelos, que vengan lo más pronto posible.

Alessandro se puso nervioso, subió los escalones a zancadas, de dos en dos. A los cinco minutos bajó de manera estrepitosa. Llegó Paula, vestía falda oscura y blusa blanca de cuello alto y manga larga.

---

## CAPÍTULO 18

Mis papás llegaron poco antes de las nueve de la mañana. Mi hijo le dijo a su abuelo que pasara a ver a su papá; estaba expirando, ya no era dueño de sí mismo. Solo ellos dos estaban junto a mi marido. Las mujeres no entramos por el deseo de Bladimir que no lo viéramos morir. Instantes después bajó papá a toda prisa, su rostro reflejaba desesperanza, en voz alta nos comunicó:

—Tu esposo, hija, acaba de morir. Se ha ido mi yerno, mi gran amigo. Dios lo tendrá en su santo regazo. Solté el llanto. No sabía qué sería de mí de ahí en adelante. Alguna vez le desee la muerte; cuando murió me arrepentí del insano deseo.

A las nueve de la mañana del ocho, mi marido, el padre de mi hijo, el mismo que destrozó mi corazón, había fallecido. El destino lo cambió de lugar. Rogué al creador que lo perdonara, lo hice de corazón. Me asaltó un insólito deseo: que mi marido hubiera muerto en mis brazos. Alguien le avisó al cura Teódulo, llegó a los pocos minutos; estaba esperando la noticia.

Después del desasosiego llegó la calma. Papá inició los preparativos, lo apoyarían unos amigos que se hicieron presentes rápido; sabían qué hacer, como si antes se hubiesen puesto de acuerdo con mi papá por la cercanía del fallecimiento. Ellos se encargaron de darle orden a las tareas propias de un velorio. El presidente municipal, al enterarse, designó a uno de sus colaboradores que nos apoyara en cumplir con los trámites de rigor.

La carroza llegó a las once de la mañana. Los tres empleados de la funeraria se llevaron el cuerpo. A las cuatro de la tarde nos lo devolvieron ya preparado. A las cinco recibimos la primera canasta de pan recién horneado. Los que llegaban cargaban veladoras. Otros, los menos, llegaban con cirios.

Gracias al comentario de Sirvenda que me hizo días atrás, no compramos veladoras ni cirios. Dos trabajadores armaron el altar para colocar las velas. Las tablas, colocadas de forma escalonada, habían sido forradas con papel china blanco. Una de las señoras que llegaron primero, sugirió a los trabajadores que retiraran el papel por las posibilidades de un incendio si alguna de ellas se ladeaba. En la noche era un espectáculo de luces. Me detuve varias veces a contemplar las flamas de las decenas